

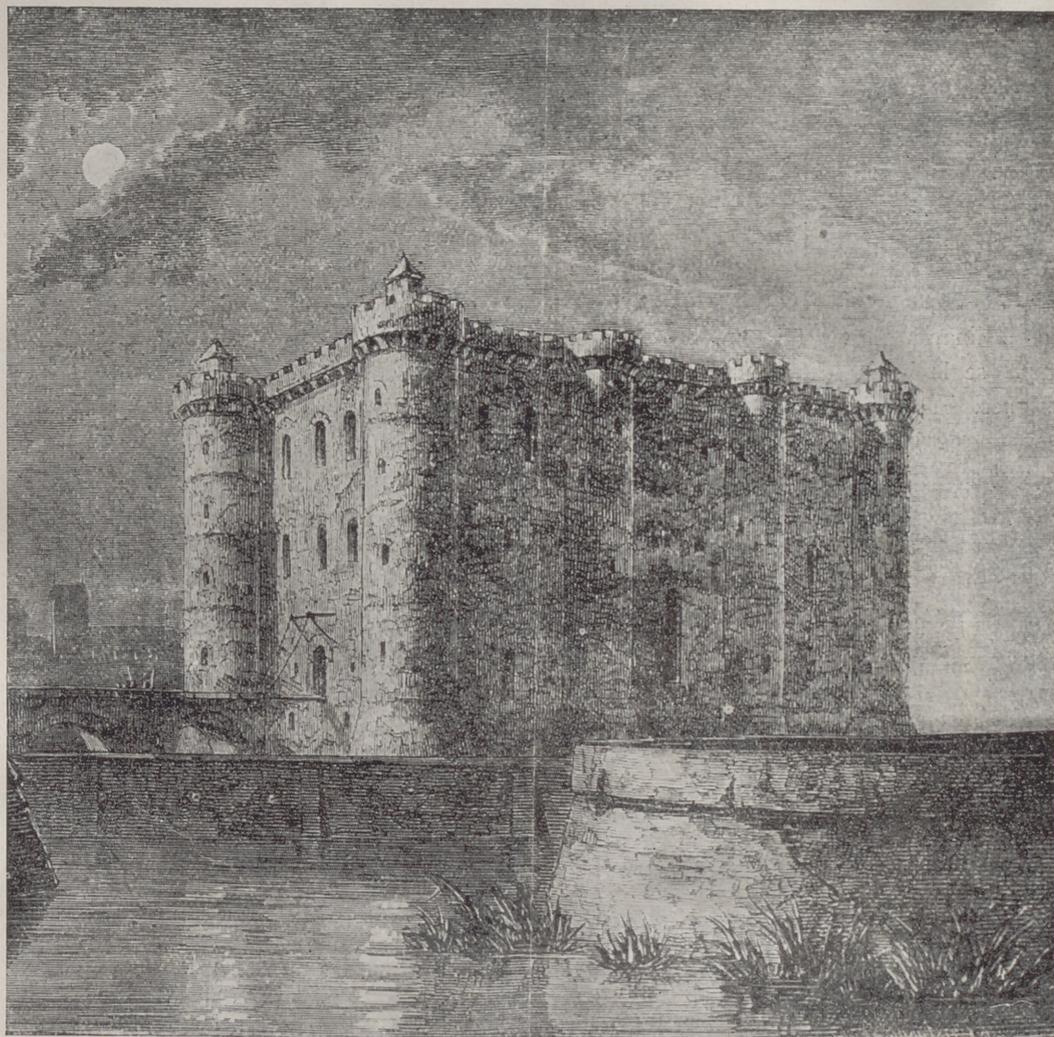
EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LX

MADRID, 12 DE FEBRERO DE 1933

NÚMERO 7

LA BASTILLA



En otros tiempos, la Bastilla era para París lo que el Tower (la Torre) para Londres; la prisión del Estado, donde los criminales de rango eran confinados o reclusos y, con frecuencia, ejecutados. De mu-

chas, terribles y espantosas escenas fueron testigos los macizos muros de esta enorme y sombría construcción durante los cuatrocientos años de su existencia. La primera piedra de la Bastilla fué puesta, con gran

pompa y ceremonia, por Carlos V de Francia, el 22 de abril de 1369. Se la destinó a ser una especie de ciudadela o portalón, con el fin de defender la Puerta de San Antonio, la principal entrada de París en aquellos tiempos guerreros. El edificio se terminó en 1583. Hugo d'Aubriot, que había asombrado a los parisienses por sus macizas casas, puentes levadizos, canales subterráneos y otras obras, fué el arquitecto; y, cosa rara, él fué el primer preso del Estado recibido dentro de las oscuras bóvedas de la Bastilla. Se le acusó de herejía, y pasó varios años en un oscuro calabozo de la fortaleza que él mismo había construído. Debió su libertad a una revuelta del pueblo, que asaltó la Bastilla, pudiendo, debido a ello, escapar los presos. Durante la noche salió de París y se dirigió a Borgoña, donde acabó sus días en el retiro. Luis XI fué el primer rey que dedicó la Bastilla a prisión ordinaria. Era un tirano a quien el tiempo se le hacía demasiado pesado en ocasiones. Para divertirse, acostumbraba a echar un perro sobre los gatos y ratones, con cuyas agonías gozaba y se sentía satisfecho, presenciando otras veces alguna dolorosa operación de cirugía. Cuando estos entretenimientos le cansaban, procuraba inventar nuevas y extrañas torturas para sus presos, una de las cuales fué las jaulas de la Bastilla, hechas de barrotes de hierro, como de seis pies de ancho por ocho de largo, y ellas eran terribles lugares de reclusión para los pobres presos. El duque de Nemours fué uno de los primeros metidos en una de estas jaulas. Se le cortó después la cabeza por orden del rey, y sus hijos fueron obligados a presenciar la ejecución.

La inmensa y maciza construcción de la Bastilla, con sus ocho torres redondas, debe haber tenido una vista imponente. Estas enormes torres, que se levantaban casi a igual distancia una de otra, formaban dos cuadrángulo, uno grande, el otro pequeño.

En el más grande residían los oficiales

y carceleros y algunos presos confinados allí por faltas leves. Las torres tenían diferentes nombres. Las del *Tresor* y la *Chapelle* eran las más antiguas y defendían la entrada a la ciudad. La parte del edificio entre estas dos torres consistía en enormes bloques de piedra, siendo las paredes de diez pies de espesor y conteniendo varias prisiones. A la parte trasera de la Bastilla, cerca de las torres de *Le Puits* (el pozo) y de *Le Coin* (la esquina), había un patio al que sólo entraban los presos. Era tan estrecho que los rayos del sol nunca alumbraban más de la mitad de sus ennegrecidas paredes; aquí y allá se veían manchas de sangre en las piedras. Dos esbeltas torres se elevaban sañudas a lo alto; el viento que silbaba entre los corredores o pasadizos era lo único que rompía aquel triste silencio, y todo esto llenaba el corazón de los presos de desesperación y angustia.

Cuatro de las torres miraban hacia las afueras y cuatro hacia París. Los muros estaban unidos por una plataforma, que se conservaba en buenas condiciones y servía de paseo a los presos, a los que les fué concedido este favor especial. La vista de que estos privilegiados gozaban era hermosa. A sus pies se extendía la poderosa ciudad; veían también el arrabal de San Antonio y podían seguir el brillante curso del Sena. ¡Qué terrible contraste cuando, poco después, estos desgraciados eran de nuevo encerrados en sus oscuras celdas! Las torres tenían todas 129 pies de alto, provistas de doble puerta de hierro. El espesor de las paredes era como de doce pies. Había cinco diferentes clases de celdas para presos, siendo las más terribles los calabozos, que se hallaban en las bóvedas, debajo de las torres. Estaban llenos de sapos, arañas y ratas enormes.

El piso, una masa de fango y lodo, despedía las más ponzoñosas exhalaciones, sin más ventilación que una pequeña y estrecha ventana. Todos los muebles se reducían a

un catre de armazón de hierro empotrado en la pared y sobre el cual se amarraban unos cuantos tablones. Se entraba por dos puertas de hierro, cada una de siete pulgadas de espesor, provistas de tres cerrojos y otras tantas cerraduras. Después de estos calabozos venían las jaulas de hierro, de las cuales hemos hablado ya. La tercera clase de celdas estaban en el cuarto piso de las torres; como eran abovedadas y bajas en los lados, la única parte que podía utilizarse era el centro. La distancia entre la orilla interior y exterior de la ventana la llenaba el espesor de las paredes, es decir, doce pies. A ambos lados de la ventana había barras de hierro. El calor insoportable del verano y el frío helado del invierno torturaban al prisionero. La otra clase de celdas consistía en salas octogonales, de dieciocho a veinte pies de ancho por catorce de alto. Todas las ventanas eran muy altas, y sólo permitían al preso ver una estrecha faja de cielo. Las celdas se calentaban por medio de chimeneas, cerradas con barras de hierro; en la última mitad del siglo XVII se colocaron estufas en muchas de ellas, pero estos dos medios de calefacción eran muy defectuosos y con frecuencia causaban más molestias con el humo que comodidad y alivio con el calor.

Para vigilar a todos estos prisioneros había un cuerpo de guardias, muy bien disciplinados y organizados. Entre los allí confinados raro era el que lo estaba por algún crimen; eran más bien presos políticos.

(Continuará).

EL ALMANAQUE

El almanaque o calendario es una cosa muy antigua, pues data del tiempo de los egipcios, y en los jeroglíficos aztecas de los indios americanos se han hallado zodíacos y calendarios antiquísimos. Pero los almanaques propiamente dichos, o sea en forma de li-

bros y llevando la marcha de los meses, las semanas y los días, éstos, según investigaciones practicadas por los cronólogos (sabios que estudian la Cronología o ciencia del estudio del tiempo), se vieron los primeros en Europa, después de la sangrienta batalla que se dió en las llanuras que hay entre Tours y Poitiers.

HISTORIA Y ETIMOLOGIA

En tiempo de Numa Pompilio, emperador de Roma, se hizo la reforma docenal, o sea de diez meses que tenía el año se dividió en doce; así, los últimos meses que tenían los nombres ordinales: *septiembre*, séptimo mes; *octubre*, octavo mes; *noviembre*, noveno mes, y *diciembre*, décimo mes, a pesar de la reforma, conservaron sus nombres. Y he aquí la etimología de estos cuatro meses:

En el reinado de Julio César se introdujo en el almanaque la reforma Juliana, consistente en hacer el año de trescientos sesenta y cinco días, o sea tal como es hoy, y el bisesto, y dándole su nombre al séptimo mes del año.

En 1582, el Papa Gregorio XIII mandó que el día 5 de octubre se llamase 15 en este año, adelantándose así diez días del año, que es en lo que consistió la reforma gregoriana.

El almanaque, como antes hemos dicho, tuvo un origen árabe; de ahí que esta palabra sea árabe también, pues *al* es artículo árabe, y *manaque* se deriva del árabe también, significando calendario o libro del tiempo.

La palabra *calendario* se deriva del latín *Calendas* o catálogo de los mártires a que tenía la iglesia dedicados cada día, y por eso, calendario se llama también a los pequeños libritos que traen los santos de cada día.

Los nombres de los meses datan de la época romana, siendo *enero* derivado de la palabra latina *januario janitor*, que quiere decir portero, por Jano, dios de los gentiles, que tenía la misión de abrir las puertas del cielo; *febrero*, de *Febo* o Sol; *abril*, de Apo-

lo; *mayo*, de Máximo, emperador romano; *junio*, de Juno; *julio*, de Julio César; *agosto*, del emperador Augusto, que ganó varias batallas en este mes, y los demás ya dichos.

CURIOSIDADES

Hay en el calendario bastantes curiosidades, y vamos a citar algunas:

1.^a Ningún siglo puede comenzar en miércoles, viernes ni sábado.

2.^a El mes de octubre principia en el mismo día de la semana que enero; abril, en el mismo día que julio; diciembre, en el mismo día que septiembre; febrero, marzo y noviembre, comienzan en el mismo día de la semana, mientras que mayo, junio y agosto, principian en días distintos entre sí y distintos también de los demás meses del año. Estas reglas no tienen aplicación en los años bisiestos.

3.^a El año ordinario acaba siempre en el mismo día de la semana con que empezó.

4.^a Los años se repiten; es decir, tienen el mismo calendario cada veintiocho años. Sin perjuicio de esta regla fija, suelen repetirse también por períodos de once, once y seis años. Total, veintiocho.

5.^a Ya que hemos dado la etimología de los meses, y las semanas no tienen nombre, diremos la de los días: *lunes*, de Luna; *martes*, de Marte; *miércoles*, de Mercurio; *jueves*, de Júpiter; *viernes*, de Venus; *sábado*, de Saturno, y *domingo*, día del Señor.

Como podéis ver, cada planeta de nuestro sistema tenía dedicado un día, menos Urano y Neptuno, que no se habían descubierto todavía.

ESE

El gato guardian

Un campesino, que en su alacena guardaba un queso de Nochebuena, oyó un ruidito ratoncillesco por los contornos de su refresco,

y pronto, pronto, como hombre listo, que nadie pesca de desprovisto, trájose el gato, para que en vela le hiciese al pillito la centinela.

E hízolo el gato con tal suceso, que ambos marcharon, ratón y queso.

Amigos dignos y timoratos:

donde hay quesos, no mandéis gatos.

RAFAEL POMBO

SECCION RECREATIVA

JUEGOS

“Yo sí.” Cuando se juega, no hay que tomar a mal nada; tampoco en el juego siguiente: Todos los que toman parte se sientan en un círculo alrededor de la mesa. Se dobla un pañuelo, y uno de los que participan en el juego lo tira a otro con una pregunta o una frase a la que éste debe contestar con la frase: “Yo sí.” Lo principal es formular frases y preguntas que se refieran a alguna mala costumbre del compañero. Si, por ejemplo, uno es conocido por goloso, otro le tirará el pañuelo con las palabras: “Yo nunca he sido goloso.” Y el otro tendrá que contestar: “Yo sí.” O: “Yo nunca he copiado de mi compañero”, y el otro, a la fuerza tiene que decir: “Yo, sí.” Pero, como queda dicho, no hay que tomar nada a mal.

Un juego de pelota.—Los jugadores, en un número mínimo de diez o doce, forman un círculo, cogiéndose de las manos. Uno se coloca en el centro y da un puntapié a una pelota, lanzándola en dirección de los pies de los otros jugadores. Debe procurar hacer pasar la pelota fuera del círculo, lo que los demás pretenden evitar. Aquel a cuya derecha pasa la pelota hacia fuera, debe ponerse en el centro del círculo, continuando el juego de la manera indicada.

PRECIOS DE SUSCRIPCION: Por un año: en España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00 (25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50

Librería Nacional y Extranjera: Caballero de Gracia, 60, Madrid.